

## LA COMUNIDAD DE HERMANOS PROFETAS

### Un paradigma para tiempos difíciles

#### Los hermanos profetas

Eliseo, cantor de la vida, constituido por Dios en atalaya de Israel, fue comprendiendo poco a poco que su vocación era tan exigente, la misión tan arriesgado, el compromiso tan esquilante, que resultaba muy difícil vivirlo en solitario. Poco a poco se fue rodeando de otros hombres con sus familias que también se sienten llamados al profetismo. De ellos recibirá aliento, ánimo y estímulo para vivir gozosamente su ministerio. Con ellos acabará formando una comunidad, -los hermanos profetas- inicialmente itinerante pero que acabará fijando su centro de operaciones en Guilgal (2 Ry 4,38). Con ellos comparte la vida y a ella se irán incorporando otros, atraídos por su forma de vivir.

La Escritura no ha conservado como fue la fundación de la comunidad ni sus primeros pasos. Las pocas referencias que existen nos permiten saber que comían juntos (2 Ry 4,38), que su número se incrementaba (2 Ry 6,1) y que Eliseo asumía el liderazgo del grupo (2 Ry 6,1).

La comunidad de profetas con sus familias que Eliseo fundó, se inserta en la tradición profética más primitiva. En este período no es tan importante lo que el profeta dice como lo que hace. En ese sentido, el testimonio de la vida comunitaria será fundamental para seguir haciendo resonar la palabra de Dios.

Estas comunidades proféticas tenían una estructura similar a las del primer monaquismo cristiano. Los israelitas, recién llegados del desierto, toman la fórmula probablemente de los pueblos cananeos que habitaban el lugar. A imitación suya, los profetas hebreos se agrupan en fraternidades que buscaban la Palabra de Dios. Poco a poco se fueron extendiendo por todo el territorio. Los libros históricos nos permiten localizarlas en Guibeá (1 Sm 10,10), Ramá (1 Sm 19,20), Samaría (1 Ry 22,10), Betel (2 Ry 2,3), Jericó (2 Ry 2,5) y Guilgal (2 Ry 4,38). Durante el reinado de Ajab llegó a haber una comunidad de 400 miembros (1 Ry 22,6).

Su libertad, denuncia, compromiso, radicalidad y fidelidad al Yahvismo no siempre fueron bien acogidos por los poderosos. De hecho hubo auténticas persecuciones como la organizada por la reina Jezabel, esposa fenicia del rey Ajab (1 Ry 19,1-2).

La Escritura no conserva una descripción detallada de la vida en común. Hay escasas referencias en el libro de los Reyes que nos permiten descubrir tres rasgos específicos de la comunidad de Eliseo:

- Buscaban una experiencia fuerte de Dios (*1 Sm 19,20*).
- Compartían la mesa (*2 Ry 4, 34-38*).
- Vivían austeramente en una sociedad asentada en una riqueza, en ocasiones, insultante (*2 Ry 1,8*).

En un mundo tan lejano como el de Eliseo podemos encontrar una fuente de inspiración para nuestras comunidades. A pesar de los siglos que han transcurrido, hay cosas que pueden resultarnos válidas hoy día.

Como Eliseo vivimos en un momento en que los hechos son más importantes que las palabras. Si queremos que nuestras comunidades sean proféticas, que recuperen el carácter de denuncia evangélica en un mundo asentado sobre una riqueza insultante, posible gracias al hambre de muchos, la fraternidad de los hermanos profetas puede ayudarnos a dar pasos en esa dirección. El culto a Baal -la fecundidad de la tierra- no es menos notorio que en el Reino de Israel de aquellos tiempos.

Se trataría, por tanto, de intentar hacer de cada comunidad un grupo humano que:

- Esté penetrado por el Espíritu.
- Comparta la mesa.
- Viva con sencillez.

Quizás estos tres rasgos ayuden a hacer realidad las afirmaciones del documento postsinodal, publicado por Juan Pablo II:

"La función de signo, que el Concilio Vaticano II reconoce a la vida consagrada, se manifiesta en el testimonio profético de la primacía de Dios y de los valores evangélicos en la vida cristiana. En virtud de esa primacía, no se puede anteponer nada al amor personal por Cristo y por los pobres en los que Él vive".

*Vita consecrata, 84*

## **Una comunidad penetrada por el espíritu**

La comunidad de Eliseo, como la de Samuel, estaba formada por hombres y mujeres invadidos por el Espíritu de Dios. Él había hecho de ellos unos hombres nuevos que tenían música en el corazón: "al llegar al pueblo, te toparás con un grupo de profetas que baja del cerro en danza frenética, detrás de una banda de arpas, cítaras, panderos y flautas. Te invadirá el espíritu del Señor, te convertirás en un hombre nuevo y te mezclarás en su danza" (*1 Sm 10,5-6*). Cada uno había realizado la misma experiencia de su maestro: "mientras el músico tañía, vino sobre Eliseo la mano del Señor" (*2 Ry 3,15*) Música y Espíritu de Dios se unen en estos profetas.

Y es que el Espíritu de Dios es como una música callada que no se ve, ni se toca, ni se huele: sólo se siente como una armonía gozosa que se apodera del hombre caldeándole el corazón y convirtiéndole en testigo de una experiencia inefable, difícilmente verbalizable.

Esta música misteriosa se apodera de hombres y mujeres, muchas veces simple pastores o aldeanos, sin una preparación especial ni una predisposición previa, transformándoles interiormente. Esta sinfonía espiritual que les toca el corazón, hace de ellos seres nuevos, personas capaces de hacer gestos excepcionales por su fuerza o audacia. Con sus manos, con sus palabras, el Espíritu de Dios prolonga su acción liberadora, denunciadora, alentadora. Se convierten así en hombres y mujeres que dan ánimo, aliento, espíritu, Espíritu y que invitan, sin palabras, a otros a unirse a su danza.

Compartiendo la vida se alientan recíprocamente en la misión de proclamar la Palabra. Convertidos en profetas, por la acción misteriosa y soberanamente libre del Espíritu, se ven forzados, a menudo rebelándose interiormente a hacerlo, a comunicar a otros la música que les acaricia el corazón. La palabra que anuncian viene de ellos pero no ha nacido en ellos. La sinfonía que interpretan no ha sido compuesta por ellos, pero no pueden no hacerla oír a los demás, movidos por una fuerza interior que les posee y sobrepasa.

En el seno de una comunidad poseída por el Espíritu cada uno va siendo transformado progresivamente en un hombre de Dios. Es decir en un ser que es a la vez alguien que ha entrado en la intimidad de Dios, y que está extraordinariamente cercano a su pueblo. Tomado de entre los hombres, sintiéndose frágil como ellos, conociendo su historia y sus fragilidades, comparte con ellos su música callada sabiéndose instrumento de salvación para los suyos.

Cada uno de los miembros de la comunidad, consciente de su vocación profética, busca encontrar a Dios, escuchar su palabra, interpretar los signos de los tiempos, abrir caminos de esperanza en situaciones de crisis. Por eso no se empeña en repetir el pasado. Creyendo en un Dios capaz de hacerlo todo nuevo, descubre y anuncia el rostro de Dios a los suyos y plantea las nuevas exigencias para el aquí y el ahora que le ha tocado vivir. Sabe que el conflicto, la incomprensión, la dificultad estará presente en su vida, pero no se arredra convencido de que el que le llamó en el seno de su madre, no le fallará jamás.

Educado y estimulado por la comunidad profética, cada uno de sus miembros tiene una especial sensibilidad para percibir la presencia o ausencia del Dios vivo en medio de su pueblo y para detectar las causas de sus crisis. Por eso puede actuar como atalaya de los suyos, heraldo de la Palabra, pregonero de la fidelidad de Dios.

Escuchando la música de Dios en el silencio de la intimidad con Dios, la encarna en su existencia. Su vida se convierte así en una interpretación viva y personal de la Palabra acogida, en una revelación de la misma y en una denuncia callada o violenta de tantos ruidos que poseen a los hombres. Su danza es la expresión plástica de la transformación interior que el Señor ha obrado en ellos.

El testimonio de una comunidad de profetas, es tan elocuente que muchas veces, como le ocurrió a los emisarios del rey, los que lo contemplan se sienten contagiados del mismo espíritu:

"Encontraron a la comunidad de profetas, presididos por Samuel, en trance de profetizar. El espíritu de Dios se apoderó de los emisarios de Saúl, y también ellos entraron en trance. Se lo avisaron a Saúl, y mandó a otros emisarios, que también entraron en trance. Por tercera vez despachó unos emisarios, y también estos entraron en trance".

*1 Sm 19,20-21*

Parece que el Espíritu de Dios es como el virus de la gripe. Cuando una comunidad lo ha agarrado bien lo contagia, sin palabras, a todo el que se acerca a ella.

Es lo que, en la plenitud de los tiempos, ocurrió con Jesús: todo el que se acercaba a él quedaba transformado por la fuerza misteriosa que emanaba de él (*Lc 8,46*). Él era el Profeta que había de venir, el Ungido por el Espíritu en el Jordán, el que se dejaba conducir dócilmente por la Fuerza de Dios, por eso transmitía a todos la alegría que hacía danzar a su corazón.

## **Una comunidad que comparte la mesa**

La comunidad de Eliseo, aunque está penetrada por el Espíritu, no es por eso un grupo humano místico y desencarnado. Expresan el espíritu que les aúna y anima con algo, aparentemente trivial pero realmente importante y bien sencillo: comiendo juntos. (*2 Ry 4,34-38*). La comensalidad es para ellos la manifestación habitual de la vida que les anima y comparten.

Ya que no vivían bajo el mismo techo, la comida era para los compañeros de Eliseo, la oportunidad diaria para reunirse, alimentarse, reencontrarse y compartir la vida. En ella se entremezclaba la alegría de comer y beber con el gozo del encuentro. Procuraban disfrutar juntos, sin prisas por entregarse a otras cosas más espirituales, del don de un Dios que "da pan a los hambrientos" (*Sal 146,7*) y se goza con la compañía de los hombres (*Prov 8,31*).

En un mundo donde las comidas rápidas o el autoservicio se van imponiendo, haciendo desaparecer la posibilidad de la comunión y el encuentro en torno a un plato caliente, una comunidad que pretende ser profética debería reivindicar, cuidar y potenciar un acto tan profundamente humano como es la comida comunitaria. No se trata de gastar mucho dinero, sino de potenciar la comunicación, las formas y los detalles en la mesa.

Comer es una necesidad biológica que compartimos con todos los seres vivos, pero la comida del hombre no pretende solo llenar su estómago. Es sobre todo un fenómeno cultural y social por los múltiples aspectos que implica.

La comida es un momento privilegiado para manifestar la manera de entender el mundo y la cohesión de un grupo determinado dentro de una sociedad, porque expresa todo el sistema cultural al que pertenece. Al fin al cabo con quien se come y como se come, está poniendo de manifiesto los valores y convicciones de cada uno. La mesa de los hermanos profetas, derribando las barreras sociales, expresaba su fe en un Dios, Padre de todos.

Ser admitido a la mesa de alguien, es primordialmente, entrar en su círculo, compartir su amistad, ser tratado como un igual. Lo de menos es lo que se come: lo fundamental es que pone de manifiesto la unidad que se vive y comparte. La comunidad de Eliseo alguna vez tuvo que contentarse con un elemental potaje, pero comiéndolo juntos estaban expresando el ideal que les unía y el sueño que les alimentaba. Comer y vivir van juntos, y el dejar de hacerlo con los demás, es una forma de empezar a morir en muchos aspectos.

Comiendo juntos, la comunidad de Eliseo pretendía expresar el sueño del Dios en quien creían. Compartiendo el pan y la vida en torno a la mesa, manifestaban el deseo de Dios de sentar juntos a todos los suyos como miembros de una única familia para un banquete sin fin.

Comer juntos es una experiencia humana tan rica que en la plenitud de los tiempos, Jesús hizo de una comida compartida la cumbre y la cima de toda la vida de los suyos. Invitando a su mesa a hombres de toda clase y condición hizo del gesto una parábola viva de su mensaje: todos somos hijos del mismo Padre y estamos llamados a alimentarnos juntos en una mesa única y solidaria. (*Lc 22,30; Mt 8,11; Mt 26,29*).

## **Una comunidad que vive con sencillez**

A pesar de las brutales denuncias de Miqueas (*2,1-5; 3,1-4; 3,9-12*), las desigualdades sociales seguían siendo muy marcadas en tiempos de Eliseo. Quizás por ello, la comunidad de profetas, convencida de que es más eficaz lo que se dice que lo que se proclama, optó por la austeridad: vestían, (*2 Ry 1,8*), comían (*2 Ry 4, 38-39*) y vivían (*2 Ry 4,1*) con sencillez. Su forma de vivir era una denuncia callada del lujo de algunos edificado sobre el expolio de muchos.

La situación del Reino de Israel es sólo una dramatización del mundo en el que vivimos. Mientras el Norte vive en la superabundancia, el lujo y el derroche, el Sur se muere de hambre. Una comunidad que pretende ser profética en nuestros días puede encontrar un paradigma en la que hace muchos años vivieron los hermanos profetas reunidos en torno a Eliseo.

Eliseo y los suyos han optado por la sencillez de vida, no por desprecio de las riquezas, ni por espíritu de mortificación, ni por un larvado masoquismo, sino desde su experiencia de fe. Habiendo experimentado que su Dios libera a los cautivos, toman partido por los pobres; habiendo comprobado que su Dios da pan a los hambrientos, renuncian voluntariamente a lo que les pertenece para que otros puedan comer; habiendo conocido al

Dios de la Vida empiezan a vivir sencillamente para que los empobrecidos sencillamente vivan; habiendo visto que su Dios es un Dios que cura, se esfuerzan por aliviar el dolor de tantos cuerpos masacrados por el hambre.

Gracias a sus renunciaciones y a su estilo de vida, empiezan a sentirse solidarios con todos y hermanos de cada uno. Encontrarán su alegría en el servicio desinteresado y en el alivio sistemático de toda dolencia y toda enfermedad. Desnudándose de todo lo superfluo, comparten con los demás lo que es necesario para la vida. Al no poner el acento en el tener, irán creciendo progresivamente en el ser. Sintiendo en la propia carne las necesidades de los pobres su vida, voluntariamente abrazada, será una llamada silenciosa a la solidaridad y sencillez.

La vida sencilla de la comunidad de profetas brota también de haber puesto la solidaridad en el corazón de la existencia. Su comportamiento es netamente contracultural: Mientras todos desean vivir mejor, ellos apuestan por la sencillez. Su vida es para el pueblo una invitación a ser personas, es decir, a ser solidarios y sobrios, cercanos y humildes, compasivos y comprometidos.

Su vida austera y sencilla, que evita el almacenar y la obsesión por el poseer, que huye de la seguridad que da el poder y el dinero, les lleva a poner su confianza en el Dios de la Vida. Esta confianza en el Señor no es pura pasividad sino confianza activa que supone comprometerse con el mundo y ponerse en manos de Dios. Esperando de Dios lo que necesitan, trabajaban como si todo dependiera de ellos; usan así los bienes con libertad interior, recibiendo como un don y gastando lo necesario para vivir dignamente y ayudar a los pobres.

Viviendo así fueron acumulando esa sabiduría práctica, tan valorada por el pueblo de Israel, y recogida en los libros sapienciales que lleva a adquirir las cosas cuando son necesarias y a usarlas en tanto en cuanto sirven para un bien mayor. Para vivir así, quizás rezaron frecuentemente:

"Señor,  
no me des riqueza ni pobreza,  
concédeme mi ración de pan;  
no sea que me sacie y reniegue de ti  
diciendo: "¿Quién es el Señor?":  
no sea que necesitando robe  
y abuse del nombre del Señor".

*Prov 30,8-9*

En la plenitud de los tiempos Jesús, el profeta que había de venir, se definió a sí mismo como el evangelizador de los pobres. Sus entrañas de misericordia, su profunda experiencia del rostro paterno-materno de Dios, le llevó a vivir ligero de equipaje, sin lugar donde reclinar la cabeza, compartiendo con los demás lo que tenía y entregándose él mismo. Su vida y su palabra fueron una invitación a vivir sencillamente, siendo solidarios con los que sufren y haciendo lo posible para que todos como hermanos, pudiéramos sentarnos en una única mesa.

## **Conclusión**

En la comunidad de hermanos profetas podemos encontrar tanto en las comunidades laicas como las religiosas, un acicate para recuperar el carácter profético propio de toda vocación cristiana. Dejándonos penetrar profundamente por el Espíritu, compartiendo con los demás lo que somos y tenemos, viviendo en la mayor sencillez posible podemos recuperar o acrecentar ese carácter de luz y sal de los seguidores del Caminante. Interpretaremos juntos una danza nueva que puede ser una invitación provocadora para que otros se animen a saltar a la pista de baile.

© Mundo Marianista